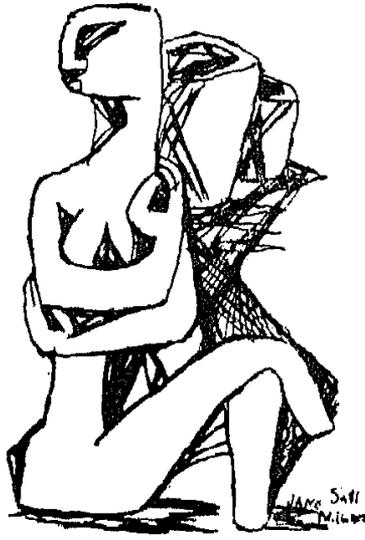


# ENSAYO



*...llegar con la mano a esa capa finísima, casi incolora  
ya del aire, donde están las ideas inéditas.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## C E R V A N T E S

*El mes de abril corresponde al periodo de este número ocho (abril-junio) y recordamos el día 23, en el cual se cumplieron trescientos cincuenta años de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra. Damos por ello a nuestros lectores el texto de un discurso leído en sesión literario-musical, celebrada en el Gabinete Literario el 23 de abril de 1880, por Agustín Millares Torres, en el que se advierten la prisa y la circunstancia, pero en el que se puede apreciar también la distinción habitual de su estilo. Al mismo tiempo ostenta el valor de ser uno de los pocos papeles que se conservan de él, en los que trate del autor del Quijote, obra capital de la literatura española que introduce el sentido común en la literatura universal.*

Toda nación que aspira a ser grande, ilustrada y civilizadora posee una literatura propia, expresión de su fuerza intelectual. Esa literatura, por más rica y variada que sea, se condensa siempre en dos o tres nombres que personifican el genio de cada nacionalidad; nombres que se destacan en medio de las pasadas edades, como esos picos que, rasgando las nubes, elevan sus nevadas frentes sobre las altas cordilleras que sirven de asiento a los continentes. Abramos la historia y contemplemos esos gigantes de la inteligencia que parecen sobrenadar en el mar de las ideas, llevando por nombres Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe, de los cuales cada uno marca la edad en que la Providencia plugo hacerlos aparecer con el sello indeleble de su poderosa individualidad.

Y ¿qué han hecho esos hombres para ser inmortales? Traducir en melodiosos versos o en inspirada prosa el eterno batallar de las pasiones, el continuo oleaje del corazón, el duelo sin descanso del barro humano contra esa

irradiación misteriosa que se refleja en el alma y se llama *conciencia*.

Cada uno de esos genios ha dejado un monumento imperecedero de su gloria; gloria que ha venido a iluminar la nación que les dio la vida, antes de llegar a ser sus nombres patrimonio de la humanidad.

La España es rica en esos genios, porque cuenta en su seno gloriosísimos nombres que han girado dentro de la ancha órbita en que se ha movido siempre su actividad literaria. Empero, entre esos nombres, ninguno más alto, más grande, más eminentemente universal que el de Cervantes.

Ejemplo él mismo del tipo que describe, pasó por el mundo despreciado, incomprendido y miserable, creyendo, tal vez sinceramente, que todas las injusticias que tocaba, que todas las sinrazones que su mente adivinó, que todo el cieno que en el orden político, religioso y moral envolvía, cual lepra asquerosa, aquella sociedad fanática y corrompida, eran efecto sólo de la imperfección de su organismo. Pensó, sin duda, que el loco era él, y que cuerdos eran los demás; que todo soñador estaba fuera de las leyes humanas y debía ser por eso ridiculizado, escarnecido y abofeteado; en fin, que él merecía su infausta suerte. Al brotar el Quijote de su cerebro, brotó como arquetipo eterno de los que, mártires del progreso, pasan sin ser comprendidos ni escuchados por en medio de las generaciones donde han nacido, y mueren, con frecuencia en ignominioso calvario, defendiendo los quebrantados fueros de la humanidad.

Y en efecto, pretender Don Quijote en pleno siglo XVI defender al débil contra el poderoso, al gobernado contra el gobernante, al oprimido contra el opresor, hazaña era que, aún en nuestros días, sería rechazada como ridícula locura del infeliz que la intentase. Sirvanos de ejemplo el periódico, que en muchas de sus diarias manifestaciones es el verdadero Quijote del siglo XIX, y observemos cuántas y cuántas encuentra, en vez de aplausos, un doloroso martirio, siendo sacrificado en aras de un brutal personalismo o de intereses bastardos que hoy son todavía rémora a todo adelanto.

Considerado el Quijote en el siglo de los Felipes de

Austria como una fábula de honesto entretenimiento y de sabrosa lectura, pasó de mano en mano entre las risas inocentes de los ociosos, la festiva benevolencia de los críticos y el desdeñoso sonreír de los literatos, que no alcanzaban a comprender entonces un átomo siquiera del valor real y efectivo de aquella extraña y original producción. Pero, ya en el mismo siglo, salía aquel libro de España y recorría el continente europeo, como sucedía siempre en aquella afortunada centuria con todas nuestras obras literarias e históricas, siendo desde entonces traducido a todos los idiomas cultos y obteniendo un éxito tan asombroso, que principió a despertar la atención de los españoles, admirados al ver aquel astro resplandeciente que ya ascendía por el horizonte patrio amenazando envolver, en su esplendente luz, la luz, para ellos intensa, de sus ilustres contemporáneos. El astro, en efecto, ascendió y está hoy en su cenit; sólo que no tendrá ocaso.

El cervantismo es, al presente, un culto que ha elevado altares dentro de nuestra literatura nacional para rendir homenaje al autor del Quijote, y nosotros no dudamos en asociarnos a esa manifestación, no en lo que pueda tener de exagerada, sino en el pensamiento altamente civilizador en que se inspira y que ha venido a darle vida; porque entendemos que deificar al genio es proclamar la supremacía de la inteligencia en la tierra, es preparar el reinado de la idea sobre la fuerza bruta, es, en fin, adelantarnos al porvenir, afirmando que la historia no tendrá cuenta en lo futuro sino con aquellos que han lanzado a la civilización por las sendas del progreso, contribuyendo así al perfeccionamiento de la humana especie que, cada día, gracias a esas fuerzas reiteradas, se aleja más y más de su primitivo origen.

Alientos da ese espectáculo a todos los que Dios ha iluminado con una centella de su divino espíritu para no arredrarse ante la indiferencia pública, la rastrera envidia y el entronizamiento de ensoberbecidas medianías, que salen siempre al encuentro del verdadero genio para reducirlo a su pigmea altura. El mérito, sin embargo, se abre camino tarde o temprano a través de todos los obstáculos, y si fue desconocido en vida, llega un momento en que la luz se hace, las nubes se disipan, y el nombre olvidado

se eleva altivo y sereno sobre las generaciones que le negaron, dejando envueltas en perpetua sombra a todos aquellos que a su lado gozaron de mentida celebridad.

No son éstas hoy desconocidas verdades. El rápido torbellino que empuja a los pueblos haciéndoles entrever luminosos horizontes, ha puesto al alcance de todos el valor supremo de la inteligencia. En los imperios absolutos, en las monarquías de *derecho divino*, en los gobiernos constitucionales, en las repúblicas más o menos democráticas, vemos hoy sólo imperar el genio, ya bajo el nombre de primer ministro, ya bajo el título de embajador, diputado o presidente. Pasó el tiempo en que pudo gobernar dos mundos un Duque de Lerma, o un Conde Duque de Olivares, y en que un indigno cortesano o un ambicioso confesor disponían a su antojo de la suerte de los pueblos.

Ahora bien: si en el mundo de la política domina hoy sólo el talento, en el mundo de la idea impera sin rival el genio. Procuremos pues perfeccionar nuestras facultades, cultivar nuestra inteligencia y robustecer nuestra razón, para estar a la altura de esas naciones ilustradas.

Invoquemos a Cervantes y, al recordar su nombre venerado, cobremos fuerzas para no desmayar en el rudo combate de la vida, para afrontar todos los obstáculos que nos salgan al paso y para dejar en pos de nosotros, si no un apellido ilustre, sí al menos un nombre respetado, que será siempre el de un buen ciudadano adorador de esa razón que emancipa el espíritu, de esa ciencia que ennoblece el pensamiento y de esa libertad que vigoriza el alma, trinidad bendita y lábaro salvador de los pueblos que hoy marchan al frente de la civilización universal, en demanda de ese ideal de perfección que es la más noble aspiración del hombre.

AGUSTÍN MILLARES TORRES.